LA MOZA DE CÁNTARO.

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

POR Fr. LOPE FELIX DE VEGA CARPIO,

Y REFUNDIDA

POR DON CANDIDO MARIA TRIGUEROS.

PERSONAGES.

El Conde.
Don Juan, su primo.
Martin, Lacayo.
*** *Doña Ana, Viuda.*
*** *Isabel, Moza de servicio.*
*** *Leonor, Criada.*
*** *Juana, Criada.*
*** *Pedro, Lacayo.*
*** *Lacayos y Criadas.*

§ §

ACTO PRIMERO.

La escena es en Madrid. Sala en casa de Doña Ana.

ESCENA PRIMERA.

Leonor y Isabel.

Isabel. Quédate con Dios, Leonor,
que mas no puedo tardar.
Leonor. Esto ni aun fué descansar.
Isabel. Espérame mi señor;
y las haciendas tambien
me están todas aguardando;
si las voy el tiempo hurtando,
no harémos nada con bien.
Leonor. Yo he sospechado una cosa,
y he de decirla, Isabel:
al mirarte con aquel
miserable tan hermosa,
y á casa y haciendas dada,
presumo que no es en vano,
y que quieres al Indiano
picarle.
Isabel: Es mala ensalada.
No me miras, y le vés?
Es poca cosa el reclamo.
Leonor. Pero por fin, es el amo.
Isabel. Miserables no me des:
aunque Marquesa me hiciera,
jamas á un tacaño amara:
en lo que medro repara,
y echarás por otra acera.
No es menester que mas hable;
primero el amor sufriera
del que mas infeliz fuera,
que un requiebro á un miserable.
Leonor. Que lo aciertas entendí;
mas para qué estás con él?
Yo le dexara, Isabel;
pues ha de faltarte á ti
un amo de mas primor?
Isabel. Sigo con él mi destino,
recogióme en el camino,
y agradezco su favor.
No era yo para servir,
mi primer amo este fué;

pues así me le encontré,
así le quiero sufrir,
miéntras causa no me da.
Mi altivo genio y enfado
Dios con él ha castigado;
tiempo tras tiempo vendrá.
Entro, salgo, voy y vengo,
trabajando á toda hora.
Soy de mí misma señora,
y las penas entretengo,
con que de continuo lucho
acá dentro en mi interior::-
Mas quédate á Dios, Leonor,
que me he detenido mucho.
Leonor. No te quiero detener,
despues nos encontrarémos,
y mas de espacio hablarémos.
Isabel. Queda á Dios.
Leonor. Hasta mas ver.

ESCENA II.

Leonor, y luego el Conde y Don Juan.

Leonor. Merecia por hermosa
salir de tal trabajar;
pero cómo ha de medrar
tan altiva y desdeñosa?
Si ella entendiera de amor
medrara::- mas ya los dos
vienen, temprano por Dios:
voyme adentro. *Vase.*
Salen los dos hablando.
Conde. Es gran rigor.
Juan. Compiten con sus virtudes
sus gracias y perfecciones.
Conde. Qué tan finas atenciones,
visitas, solicitudes,
zelos, desvelos, requiebros
tengan por premio su olvido,
hasta verme convertido
de Amadis en Beltenebros!
No he visto tales aceros.
Juan. Conde, no habeis de cansaros,
que el estado de estimaros
ya es principio de quereros.
Conde. A los principios me estoy
al cabo de tres semanas:
adónde, esperanzas vanas,
con este imposible voy?
Juan. Todas son penas sufribles,
pues que sin zelos amais.
Conde. Zelos tengo, os engañais,
aunque zelos invisibles.
Quéjase de amor Doña Ana,
y á mí no me tiene amor;
esto es zelos en rigor.
Juan. Por qué si es sospecha vana?
Conde. Zelos es lo que imagino,
que no es zelos lo que sé;
mas lo que pienso que fué,
y que en mi daño adivino.
Juan. Siempre tuve por error
en el que pretende amar,
ya que haya de adivinar,
adivinar lo peor.
Conde. Sí, mas quien sufre esquiveces
y de amor mala fortuna,
puede ser que yerre alguna,
pero acierta las mas veces.

ESCENA III.

Los dichos y Martin.

Martin. Por poco tuviera calma
la nave de tu deseo;
entro, y á Doña Ana veo
Vénus de márfil con alma.
Cómo podré yo pintar
de la suerte que la ví?
cultas Musas, dadme aquí
un ramo de blanco azar
de las huertas de Valencia,
ó jardines de Sevilla.
Comience una zapatilla,
que dirémos de Plasencia,
y entrarémos por la basa
á esta coluna de nieve,
plateado azul, pie breve,
que de tres puntos no pasa.
Conde. Tres puntos! necio, repara::-
Martin. Quaudo lo digo lo sé.
Tres puntos del que los vé,
que no son puntos de vara:
puntos, que puedo decir,
segun es su condicion,
que tres en un punto son,

ver, desear y morir.
Juan. Cómo los viste?
Martin. Un manteo
tanta licencia me dió,
donde quanto supo obró
la riqueza y el deseo.
Pero pidió los chapines
quando mirarla me vió,
y entre las cintas metió
cinco pares de jazmines.
Juan. De escarpines presumí,
segun anda el algodon.
Martin. Esos para gambas son,
que yo á cierta dama ví
con canafístolas tales,
que pudiera, aunque eran bellas,
purgar su galan con ellas
por drogas medicinales.
Pregunté si era importante
traer damas delicadas
las pantorrillas preñadas,
y con risueño semblante
me dixo: no es gentileza,
pero cosa no ha de haber
en una honrada muger,
en que se note flaqueza.
Conde. Linda disculpa.
Juan. Extremada.
Martin. La ropa de levantar,
con tanto fino alamar,
era una colcha bordada.
Finalmente no queria
salir por no verte así;
pero como yo la ví
que para ti se vestia,
por no estar siempre en el trage
de trágico embaxador,
porfió, y saldrá, señor,
si la hace pleyto homenage
de sábia conversacion,
como quedó concertado.
Conde. Qué exercicio tan cansado
para mi loca aficion!
Juan. Música y versos quedáron
para esta noche de acuerdo.
Conde. En tenerme por tan cuerdo
muchos locos la engañáron.

ESCENA IV.

Dichos y Doña Ana de gala.

Ana. No dirá Vueseñoría,
que no le fian el talle.
Conde. Quien tambien puede fialle
agravio á los dos haria:
á vos por seguridad,
y á mí por justo deseo:
gracias al amor que veo
señas de mas amistad:
que mis esperanzas locas,
sobre no verse premiadas,
se miraban como ahogadas
en los pliegues de las tocas.
Ana. Siéntese Vueseñoría;
y no le quiero galan
esta noche, que nos dan
la música y poesía
los sugetos que han de hacer
un rato conversacion.
Conde. Bien; mas mi imaginacion
no quisiera mas que ver.
Ana. Señor Don Juan, no os sentais?
Qué esquivo primo teneis?
Juan. La culpa que me poneis
para disculpa me dais;
pero quiero obedeceros.
Conde. Canten, y hablemos yo y vos.
Ana. Y los tres, porque los dos
no parezcamos groseros.
Música. De qué sirve, ojos serenos,
que no me mireis jamas?
de que yo padezca mas,
y no de que os quiera ménos.
Ana. No me agrada que á los ojos
llamen serenos.
Conde. Por qué?
Si el Cielo quando se vé
libre de pardos enojos
se llama así: los desvelos
que ellos serenan, obligan
á que serenos los digan,
por lo que tienen de cielos
para amor. *Ana.* En una dama,
que no lo acertasteis siento,
si es del alma el movimiento

quien á los que mira llama;
que si al Cielo en su azul veló
la serenidad quadró,
al sol y á la luna no,
que son los ojos del Cielo;
serenos, sol y semblante
va bien; mas bellos no fueran
ojos que no se movieran,
que si encantan al amante
es porque siempre se mueven.

Conde. Perdonad á la cancion
no ser de vuestra opinion.
Tanto los versos se atreven.

Juan. Ojos con agilidad
muevan al amor parado;
mas al amor agitado
conviene serenidad.

Ana. Si esos discursos son buenos,
toda disputa se quita;
mas yo sé quien necesita
de ojos que no estén serenos.

Juan. Dexemos estos sugetos:
vamos á lo concertado.

Ana Comience el Conde.

Conde. He buscado
en vuestro loor seis concetos.
Oid. *Ana*. No, por vida mia,
escritos me los daréis.

Conde. No sea, pues no quereis.

Ana. Emplead la poesía
donde mas méritos haya.

Conde. Pues oid, si sois servida,
un soneto á la venida
del Ingles á Cádiz.

Ana. Vaya.

Cond. Atrevido el Ingles, de engaño armado,
porque al leon de España vió en el nido,
las uñas en el ambar, y vestido
en vez de pieles del tuson dorado.
Con débil caña, con el freno herrado,
vió á Marte en forma de Español, Cupido
volar y herir en el obero, herido
del acicate en púrpura bañado.
Armó cien naves, y emprendió la falda
de España asir por las arenas solas
del mar, cuyo cristal ciñe esmeralda.
Mas viendo en las colunas Españolas
la sombra del leon, volvió la espalda,
tendidas las banderas por las olas.

Juan. Levantó la pluma el vuelo.

Ana. Gran soneto á toda ley.

Juan. Qué bien pinta á nuestro Rey!

Ana. Mejor le ha pintado el cielo.
Gran soneto!

Conde. No le he dado,
porque no estoy de él contento:
decid vos.

Ana. Qué atrevimiento,
quando vos habeis hablado!

Juan. Excusad tales excusas.

Ana Voy solo á causaros risa.

Conde. Decid, divina poetisa:
silencio, que hablan las musas.

Ana. Amaba Filis á quien no la amaba,
y á quien la amaba ingrata aborrecia,
hablaba á quien jamas la respondia,
sin responder jamas á quien la hablaba.
Seguia á quien huyendo la dexaba,
dexaba á quien amando la seguia,
por quien la despreciaba se perdia,
y al perdido por ella despreciaba.
Concierta amor, si ya posible fuere,
desigualdad que tu poder infama,
muera quien vive, y vivirá quien muere.
Da yelo al yelo amor, llama á la llama
porque pueda querer á quien la quiere,
ó pueda aborrecer al que desama.

Conde. Viva el ingenio: soneto
bien comenzado y seguido,
y con mil gracias fingido
el amoroso sugeto.
Si como vos Filis fuera
de ese modo no llorara,
porque ninguno encontrara,
que amado no la quisiera.

Ana. No es tanta la dicha mia,
que se mida la razon
de la comun opinion,
por vuestra cortesanía.

Conde. Vos os podeis alabar
como ninguno, señora.

Ana. Síguese Don Juan ahora.

Juan. No me hago de rogar.
Una Moza de Cántaro y del rio,
mas limpia que la plata que en él lleva,
recien errada de chinela nueva,
ho-

honor del delantal, reyna del brio:
Con manos de márfil, con señorío,
que no hay tan gran señor q̃ se le atreva,
pues donde lava dice amor que nieva;
es alma ilustre al pensamiento mio.
Por estrella, por fe, por accidente,
viéndola henchir el cántaro, en despojos
rendí la vida al brazo transparente.
Y envidiosos del agua mis enojos,
dixe: por qué la coges en la fuente,
si mas cerca la tienes en mis ojos?

Ana. Malos versos.

Juan. No sé mas.

Ana. Un Caballero discreto
escribe á tan baxo objeto?
No lo creyera jamas.

Conde. Tiene Doña Ana razon.

Juan. Si hubiérades visto el brio
del nuevo sugeto mio,
su hermosura y discrecion,
dixérades que tenia
tanta razon de querer,
que no supe encarecer
lo ménos que merecia.

Ana. Si es disfrazar vuestra dama,
como suelen los poetas,
por tratar cosas secretas
sin ofensa de su fama,
está bien; pero si no,
baxo pensamiento ha sido.

Juan. Ninguna cosa he fingido,
ni la he visto solo yo,
porque muy cerca de aquí
vive la hermosa Isabel,
por quien el amor cruel
hace tanto estrago en mí.
Sirve á un Indiano que viene
á la Corte á pretender;
no sé qué puede querer
quien tanta riqueza tiene.
Si él su valor conociera,
solo por ella anhelara,
que yo el Potosí dexara
si tal tesoro tuviera.

Ana. A tal sugeto, tal fe.

Juan. La que me ha muerto y rendido
Moza de Cántaro ha sido,
que mas que una Diosa fué:
en él el amor bebí,
y ya me abraso con él:
ella fué sirena, y él
escollo en que me perdí.
Con él veneno me ha dado,
con él me mató, y contento
con él va mi entendimiento.

Ana. Ya lo vemos rematado.
Quién vió baxeza tan rara
en tal persona! Si fuera
Martin quien eso dixera,
con razon lo celebrara;
pero un Caballero, un hombre
como vos::-

Juan. No es elecion
amor, y muy varios son
los efectos de su nombre.
Es desde el cabello al pie
tan bizarra y aliñosa,
que no es mas limpia la rosa,
que mas que el alba lo esté.
El mas grave señorío,
dando gracia á su humildad,
aumenta su honestidad,
sin hacer menor su brio.
Su color, su andar erguido,
ojos, boca, talle y pies,
cada cosa por sí es
una flecha de Cupido.
Mas, si vale la verdad,
con ser ella tan hermosa,
aun es mucho mas preciosa
su alma y su honestidad.
Finalmente, yo no ví
dama que atraiga el amor
con mas fe, con mas rigor.

Ana. Advertid que estoy yo aquí:
ya toca en descortesía
tan necio encarecimiento.

Juan. En decir mi pensamiento
no creí que os ofendia.

Ana. Por cierto bella disculpa
de tan loca impertinencia:
Levantándose muy enojada.
Don Juan, con la inadvertencia
haceis aun mayor la culpa.

Conde. No os levanteis: dónde vais?

Ana. Corrida me voy.

Juan.

Juan. Por qué?
Sin ofensa vuestra hablé.
Ana. Si cosas baxas amais,
no las comparéis conmigo. *Vase.*

ESCENA V.

Conde, Don Juan y Martin.

Conde. Por Dios, que tiene razon.
Juan. Yo no encuentro la ocasion,
porque lo que siento digo.
Conde. Decir que no visteis dama
como ella, no ha sido error?
Juan. Error! Si vos el primor
vierais, que tan baxo llama,
por mas que la ha ponderado
mi amor, con solo un mirar,
no me pudierais negar,
que muy corto me he quedado.
Conde. Sea, Don Juan, en buen hora,
mas ponderar su primor
es ofensa.

ESCENA VI.

Dichos y Leonor.

Conde. Qué hay, Leonor?
Leonor. Que entreis, dice mi señora,
vos no mas. *Conde.* Irá á decir
que no vengais mas conmigo. *Entra.*
Juan. Si lo tiene por castigo,
no apelo del no venir:
que tambien es demasía,
y muy delicado fuero,
que decir á la que quiero
se llame descortesía.
Di al Conde que á verla fuí
ésa que á Doña Ana enfada.
Martin. Vos quereis la que os agrada.
Juan. Sí, Martin, mil veces sí.
Martin. Pues quiérela, si la quieres,
que tal vez agrada un prado
mas que un jardin cultivado;
y al fin todas son mugeres.

ESCENA VII.

Don Juan solo.

Juan. Es por cierto fuerte empeño,
que no he de poder hablar;
por qué no he de celebrar
á la que es de mi amor dueño?
Si elogios solo desea,
hartos el Conde la ha dado,
que á mí me dexa tentado
de llamarla viuda y fea,
que aunque es por bella estimada,
y aunque mas beldad tuviera,
fea, y mas que fea fuera
con mi Isabel comparada.
Ha dado en que la he de amar,
mas sepa que es vana empresa;
plato de segunda mesa
no sacia mi paladar.
Téngola desengñada,
con el Conde disculpado,
y aun ántes de haber amado;
hoy que quiero bien me enfada.
Déxame sin mas porfia;
y si me tiene aficion,
quéjese de su pasion,
que yo me voy tras la mia.

ACTO SEGUNDO.

Calle, que á un lado tiene la puerta de la casa de Doña Ana, y á otro la de Isabel, y á lo largo el campo.

ESCENA PRIMERA.

Isabel saliendo de su casa.

Isabel. Tiempos de mudanzas llenos,
y de firmezas jamas,
fuisteis de ménos á mas,
mas ya vais de mas ménos:
cómo en tan breve distancia,
para tanto desconsuelo,
habeis humillado al suelo
mi soberbia y mi arrogancia?
El desprecio que yo hacia
de quantas cosas miraba,
las galas que desech ba,
los papeles que rompia;
el no haber de quien pensase,
que

que mi mano mereciese,
por servicios que me hiciese,
por mucho que me obligase;
toda aquella bizarría
como un sueño se pasó,
y á tanta humildad llegó,
que baxar mas no podria.
Esta mano, un tiempo osada,
quanto yo soy perseguida,
tímida está y encogida,
y yo á la fuga forzada.
Ya no me sirve esta mano;
fuerza es salir de aquí yo,
pues á mostrar comenzó
su intento vil el Indiano.
En tan extraño sufrir,
tal pena y abatimiento,
dolor, trabajo y tormento,
bien puedo yo repetir:
Aprended flores de mí
lo que va de ayer á hoy,
que ayer maravilla fuí,
y hoy sombra mia no soy.
Flores, que á la blanca aurora
con tal belleza salis,
que soberbias competis
con el mismo sol que os dora,
toda la vida es un hora;
como vosotras me ví,
y aunque arrogante salí,
sucedió la noche al dia,
mirad la desdicha mia:
aprended flores de mí.
Maravilla solia ser
de toda la Andalucía;
ó maravilla ó María,
ya no soy la que era ayer:
flores, no deis á entender
que no seréis lo que soy;
pues hoy en estado estoy,
que si en ayer me contemplo,
conoceréis por mi exemplo:
lo que va de ayer á hoy.
No desvanezca al clavel
la púrpura, ni el dorado
la corona, ni el morado
lirio el hilo de oro de él,
ni te precies de cruel,
minutisa carmesí,
ni por el color turquí,
bárbara violeta, ignores
tu fin, contemplando flores:
que ayer maravilla fuí.
De esta loca bizarría
quedaréis desengañadas,
quando con manos heladas
os viere la noche fria:
maravilla ser solia,
pero ya lástima doy,
que de extremo á extremo voy,
y desde ser á no ser,
llamábame sol ayer:
y hoy sombra mia no soy.

ESCENA II.

Don Juan y la dicha.

Juan. Dicha he tenido, por Dios:
Isabel, adónde bueno?
Isabel. Adónde bueno, Isabel?
adonde hallase un requiebro:
pensais que no tengo yo
mi poco de entendimiento?
Juan. Bien conozco que no ignoras
nada, y á veces sospecho,
que es fingido el no entender.
Isabel. Lo que no quiero no entiendo.
Pero á la fe que me admira,
que un Caballero tan cuerdo
y tan galan como vos
humille sus pensamientos
á una muger como yo,
y dexe á otro sugeto.
Del cielo favarecido
pudierais buscar los vuestros,
y no sugetos que están
tan olvidados del cielo
como yo, que soy sirvienta:
sois pobre?
Juan. Para qué efecto
me preguntais si soy pobre?
Isabel. Porque si os falta dinero
para pretensiones altas,
no tengo por mal acuerdo
requebrar lo que á la cuenta
del entendimiento vuestro,

os costará zapatillas,
ligas, medias y un sombrero
para el rio, con su banda,
delantal de lienzo grueso,
chinelas, ya sin virillas,
que solia en otro tiempo,
en los pies de las mugeres,
la plata barrer el suelo.
Castañetas, cintas, tocas,
que para últimos empleos
de las damas fondo en ángel,
no hay plata en el alto cerro
del Potosí, perlas ni oro
en los Orientales reynos:
mas pienso que os costarian
las randas de un telarejo,
que una legion de fregonas.
Mas, Don Juan, con todo eso,
si es eso lo que pensais,
pensad que no vais derecho,
que hay fregonas que les dieran
á las damas medio juego,
y para que no perdiesen
les sobrara el otro medio.
Es el tiempo muy precioso,
no desperdicieis el tiempo,
que pudiera haceros falta
para mas altos empleos,
y yo lo sintiera mucho.

Juan. No juzgaras mis deseos
por el camino que dices,
si te dixera el espejo,
el despejo de tu talle.

Isabel. Espejo y despejo? bueno!
que esto es ya cosa de estrado,
y aun de estudiado concepto,
que sin decir cosa alguna,
parece que está diciendo,
que con cuidado me hablais,
porque en efecto os parezco
muger que os puedo entender,
pues yo os prometo que puedo.
Mas estar ya acostumbrada
á oir vocablos groseros
de un Indiano miserable;
ve por esto, y vuelve presto;
esto guisa, aquello dexa;
limpiaste ya el ferreruelo?
ve por nieve, trae carbon,
esto está sin sal, aquello
sin agrio, llama al esclavo;
este lava, y dame un lienzo;
cómo gastas tanto azúcar?
para madrugar me acuesto,
despiértame de mañana,
pon la mesa, luego vuelvo,
y cosas de aqueste porte,
me han quitado el sentimiento
de otras razones mas grandes,
no porque no las entiendo.
Finalmente, qué quereis?

Juan. Que me quieras.

Isabel. Breve y bueno.
Es razon bien aforrada,
y bien dicha para presto.
Bien digo yo que pensais,
que á mi corto entendimiento
importan resoluciones,
atajos, y no rodeos.
Pues vuelvo á decir, señor,
que no es camino derecho,
ir podeis por otra acera,
que no adelantais un dedo.
Levantad mas el lenguage,
que como dicen los negros,
el ánima tengo blanca,
aunque en mal vestido cuerpo.
Yo entónces presumo mas,
quando parezco ser ménos:
presumios que soy mucho;
no me hableis como parezco,
habladme como quien sois.

Juan. Yo, Isabel, así lo creo,
porque si al pensar tu oficio,
tal vez el respeto pierdo,
luego que miro á tu cara
vuelvo á tenerte respeto.
Mas no te debe enojar,
que te diga mi deseo;
siempre á algun fin se dirigen
todos nuestros pensamientos:
qué dirás de este lenguage?

Isabel. Que apruebo el término honesto,
mas la intencion no me agrada
de la suerte que la entiendo.
Conmigo (á lo que imagino)

to-

tomais la espada á lo diestro,
tiré, desviaste, huí,
y acometiéndome al pecho,
herida de conclusion
formó vuestro pensamiento;
y no os espante que os hable
de esgrima, que aun en mi sexô
parezca ser cosa impropia,
séalo ó no, yo la entiendo;
olvidad, señor, los lances,
que estais maquinando diestro,
olvidadlos, por la vida
de los dos, que yo no quiero
que os culpeis, y despues vos
engañeis mi honesto zelo.
Esténse quietas las manos,
y esténse los pensamientos;
que no serémos amigos
sino se está el amor quedo.
Juan. Cómo vas, Isabel mia?
mia dixe, ay Dios! que miento.
Con pensar que por ser pobre,
te busco, te sigo y ruego,
dilatas á mis verdades
el justo agradecimiento.
Pues yo te juro, Isabel,
que por quererte, desprecio
la mas hermosa persona,
donayre y entendimiento,
que en quantas llevan las galas,
en aqueste grande pueblo,
logra aventajarse á otro;
porque mas estimo y precio
un liston de tus chinelas,
que las perlas de su cuello.
Mas precio en tus blancas manos,
ver aquel cántaro puesto
á la fuente del olvido
pedirle cristal deshecho,
y ver que á tu dulce risa
desciende el agua riendo,
tal, que parece que envidia
la de fuera á la de adentro,
y ver como se da priesa
para henchirle el agua presto,
por ir contigo á tu casa,
en tus brazos ó en tu pecho,
que ver como cierta dama
baxa de un coche soberbio,
asiendo verdes cortinas,
luciendo diamantes netos,
y asomar por el estribo
los rizos de los cabellos,
en las uñas de un descanso,
que á tantos sirvió de anzuelo.
Conténtome con que digas,
dulce Isabel, yo te quiero;
mas no que lo digas solo,
sino que sea muy cierto:
que yo tambien quiero el alma,
ni todo el amor es cuerpo.
Qué respondes, ojos mios?
Isabel. Ojos mios, yo no puedo
responder cosa ninguna,
porque decis que son vuestros.
Y en quanto á la voluntad,
pienso que licencia tengo,
y puesto que quereis alma,
digo (porque os vais con esto)
que el primer hombre sois vos
á quien amor agradezco;
y sabed, que aunque es comun
decir las mugeres esto,
no es comun que verdad sea;
pero yo, Don Juan, no os miento.
Juan. No mas, Isabel?
Isabel. Es poco?
pues vaya por contrapeso,
que no me desagradais.
Juan. No mas, Isabel?
Isabel. Qué es esto?
contentaos, ó quitaréle
lo que le he dado primero.
Juan. Podré tocarte una mano,
sin que se ofenda el respeto,
y sin temer que el enojo
la esgrima como un acero?
Isabel. Don Juan, no me conoceis;
por Dios, que algun hombre he muerto
aquí donde me mirais.
Juan. Con los ojos, yo lo creo,
y aun dixérades muy poco
si me dixérades ciento.
Isabel. Idos, que vendrá mi amo,
y he perdido mucho tiempo
sin hacer á lo que iba.

Juan. Dónde esta tarde te espero?
Isabel. En la fuente, á lo lacayo.
Juan. Guarde tu donayre el cielo. *Vase.*
Isabel. Quando nadaba en venturas,
nadie acertó con mi pecho,
y hoy que me oprimen desdichas,
se me ha entrado Don Juan dentro.

ESCENA III.

Isabel y Leonor.

Leonor. Isabel?
Isabel. Leonor amiga.
Leonor. Con este hablabas?
Isabel. Pues bien?
Leonor. Qué se hizo tu desden?
Isabel. Un amor honesto obliga;
y te aseguro de mí,
que es mucho tenerle amor.
Leonor. Su talle, ingenio y valor
habrán hecho risa en ti.
Que lo merece confieso;
pero en la desigualdad
no puede haber amistad.
Isabel. Los elementos por eso
no tienen paz ni sosiego.
El agua á la tierra oprime,
el ayre al agua, y reprime
la fuerza del ayre el fuego.
Mas, como él me quiere á mí,
no mas que para querer,
qué pierdo en corresponder?
Leonor. Mucho.
Isabel. Cómo mucho? di.
Leonor. Adora mi ama en él.
Isabel. Quién te lo ha contado?
Leonor. Luisa,
y que solicita aprisa
su casamiento, Isabel.
Por esto, si no envidiaste,
descarta, y quédate en dos.
Isabel. Sábeslo bien?
Leonor. Sí, por Dios.
Isabel. Tarde, Leonor, me avisaste,
no porque pueda alabarse
del mas mínimo favor,
mas porque teniendo amor
no es tan fácil olvidarse.
Fuí necia en imaginar,
que un Don Juan tan entonado
para mí estaba guardado.
Leonor. Un hombre te quiero dar,
compañero de otro mio,
bravo, pero no cruel,
que puede ser, Isabel,
de quantas profesan brio.
No pone codo en la fuente
hombre de tales aceros,
ni han visto los lavaderos
mas alentado valiente.
Ama en tu misma region.
Quién te mete con Don Juanes?
Isabel. Tu ama trata en galanes?
Leonor. De honesta conversacion
de un Conde que la visita,
la naciéron los antojos.
Isabel. Quién la vé tan baxa de ojos
á la señora viudita!
Leon. Hermana, enviudó ha dos meses,
y ha mes y medio que ama.
Isabel. En fin, le quiere tu ama?
Leonor. Como si juntos los vieses.
Isabel. Ve por el cántaro, y vamos
al prado.
Leonor. A Pedro verás,
que se quedarán atras
él y Martin de sus amos.
Yo cumplí. *Yéndose.*

ESCENA IV.

Isabel sola.

Isabel. A mis desconsuelos
solo faltaba este amor,
á este amor este rigor,
á este rigor estos zelos.
Espantábame, alma mia,
que en medio de tal tormento,
pudiese un grato contento
durarme siquiera un dia.
No me bastaba tener,
para no ser conocida,
este género de vida,
sino á quien quiere querer?
Pero andar en competencia?
Moza de Cántaro, en fin,

cris-

cristalino serafin,
con vos será impertinencia:
dónde te has ido, altivez?
Altivez que en otros dias
mis alientos dirigias,
dónde te has ido esta vez?
Dias para mí pasados,
si ahora me hubiera sufrido
pudiera no hubieran sido
tantos males y cuidados:
pero por ventura soy
hoy yo ménos que era ayer?
aquella misma muger
que ayer era, esa soy hoy.
Vive Dios, que estoy corrida
de tener ningun agüero
en el instante que quiero,
sabiendo que soy querida.
Amor, aliento me das;
quien tiene amores tan buenos,
quando no puede ser ménos,
qué hará quando sea mas?
no amó mi traza ó vestido?
Amóme Don Juan á mí,
y en dudar, viéndole así
á una infeliz tan rendido,
á mí me ofendí y á él.
Don Juan no me ha de faltar;
le he de amar, y me ha de amar;
pero esta es lisonja infiel.
Mejor es ser lo que soy,
pues que no soy lo que fuí;
aprended flores de mí,
lo que va de ayer á hoy

ACTO TERCERO.

Campo ameno, y en él una fuente á lo largo: por una parte vista del rio, y por otra de la calle del Acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

Martin y Pedro.

Pedro. Qué tiene tan bello talle?
Martin. Esto me dixo Leonor,
y que es la moza mejor,
que hay en toda nuestra calle.
Es una perla, un asombro,
rinden parias á su brio
quantas llevan ropa al rio,
ó aplican cántaro al hombro.
Es la hembra mas extraña,
que ha enviado Andalucía.
Pedro Es Andaluza?
Martin. A fe mia.
Pedro. Pues tendrá la sal de España.
Martin. Es muger, que ese Don Juan,
primo del Conde mi dueño,
pierde por hablarla el sueño:
desmayos de amor le dan.
De la suerte la pasea,
que á la dama mas lucida;
mas en gente relamida
su pensamiento no emplea.
Por la noche viene á ser,
si ser puede, el Caballero
de su cántaro escudero,
sin dormir y sin comer.
Pedro. Esta gente acicalada
no entiende mas que de flores:
para adelantar amores,
no hay como envite y patada.
Martin. Sirve á un pretendiente Indiano,
que por no gastar consiente,
que vaya y venga á la fuente.
Pedro. No tendrá trato liviano
con la moza, que á emplealle
él estorbara el acecho;
pero siempre es muy mal hecho.
Martin. Con todo, no he de culpalle,
porque pienso que ella gusta
de salir, por ver y hablar,
que á mozas de este lugar
siempre el no salir disgusta,
y hacen el enxabonado
mejor que en casa en el rio.
Pedro. En fin, es moza de brio,
en quien está descuidado
de camisas y balonas
un hombre de mi talante.
Martin. Lleva en saliendo, delante
hasta detras, mas personas,
que un Oidor ó Presidente.

Pedro. Si yo la moza poseo,
luego habrá despolvoreo
de todo amor pretendiente,
á ellos de cuchilladas,
y á ella de muchas coces;
ya mi cólera conoces.
Martin No la has visto, y ya te enfadas?
Pedro. Las toca quien las entiende.
Martin. Acertó con su eleccion
Leonor en su pretension.
Pedro. Pues la Leonor qué pretende?
Martin Dar quiere á Doña Ana gusto.
Pedro. Doña Ana qué pito toca?
Martin. Como está por Don Juan loca,
la tiene Isabel con susto,
que aunque burla los desvelos
del tal Don Juan la Isabel,
mas su cara de clavel
la tiene muerta de zelos.
Quisiera pues su cuidado,
que la Isabel se engriera
con otro, y que despidiera
mas presto al almivarado.
Cerróse con la Leonor,
y la expulgó la conciencia;
y al fin salió de esta audiencia,
que acabes tú esa labor.
Quiere que emprendas la moza,
la enamores y la engrias,
porque huya el Don Juan Frias,
que en sus ventanas solloza.
Pagarán su corretage
de Doña Ana las quimeras,
y si saliere de veras
no perderás el viage;
yo gano por de contado
el casarme con Leonor,
tú por maestro mayor
saldrás aun mejor premiado.
Pedro. Si el asunto no es mas de eso,
di á Doña Ana que hecho está,
que en diciendo yo agua va,
pierde qualquier moza el seso.
Yo no gasto en valde voces,
ni me cuesta un tabardillo,
gasto tal qual requiebrillo;
queso, turron, vino y coces.
Me planto, como verás,
y con muy pocas razones
derriengo los corazones,
la digo di, vida, y zas.
Ninguna que pretendí
quatro minutos duró,
y la que mas me atufó
se fué mas presto tras mí.
Dóyle á Isabel medio dia
para que el desden comprase;
quanto esta receta pase,
la verás mia, y muy mia.
Ni Don Juan, ni el Preste Juan
la verá quanto este llegue,
y el demonio no la ciegue,
que curtiré el cordoban.
Martin. Esto habemos menester;
y en siendo todo cumplido,
tendrá Doña Ana marido,
y tú un ángel por muger.
Pedro. No habrá falta en lo que digo:
no me resiste ninguna.
Martin. Esa será tu fortuna,
y tambien la nuestra, amigo.
Pedro. Gente de un coche se apea.
Martin. A ella se llega el Don Juan.
Pedro Por vida del alazan,
que no es la viudilla fea.

ESCENA II.

Doña Ana, Don Juan, Juana, y los dichos retirados.

Juan Por el coche os conocí,
y luego al Conde avisé,
que en la carroza dexé,
harto envidioso de mí,
vine á ver que nos mandais,
que apearos no habrá sido
sin causa.
Ana Causa he tenido,
que siempre vos me la dais:
como vos huis de mí,
vengo yo en busca de vos,
para que hagamos los dos,
el mundo al reves así.
Quise venir á la fuente,
porque sé que es el lugar
adonde os tengo de hallar,

y

y donde sois pretendiente.
Juan. Buen oficio me habeis dado,
ó de bestia ó de aguador.
Ana. Conociendo vuestro humor,
señor Don Juan, he pensado
venir por agua tambien.
Muestra ese búcaro, Juana.
Juan. Dado habeis esta mañana
filos, señora, al desden.
Ana. Como deseo agradaros,
Moza de Cántaro soy;
por agua á la fuente voy.
Juan. Tened.
Ana. Quiero enamoraros.
Juan. Yo iré por ella.
Ana. En rigor
es chico el cántaro, demos
dos vueltas, y volverémos
en habiéndole mayor.
Juan. Cierto, es fuerte vuestro empeño.
Ana. Vamos, que ya van llegando,
volverémos en llenando.

ESCENA III.

Isabel, Leonor, Pedro, Martin, las dos con sus cántaros.

Isabel. Esto me dixo mi dueño,
que en el patio de Palacio,
archivo de novedades,
ya mentiras, ya verdades,
como pasean de espacio,
lo contaba mucha gente.
Leonor. Y que esa muger mató
al que á su padre ofendió?
bravo corazon!
Isabel. Valiente.
Añaden que habia pedido
la parte pesquisidor,
y que al Rey nuestro señor,
cuya vida al cielo pido,
consultáron este caso,
y que no quiso que fuese
quien pesadumbre le diese.
Leonor. No fué su piedad acaso,
si el padre estaba inocente:
y nunca mas pareció
esa dama que mató
al Caballero insolente?
Isabel. De eso no me dixo nada,
yo me he alegrado de ver,
que en efecto soy muger,
que una hubiese tan honrada.
Leonor. Dixo el nombre que tenia?
que á mí me alegra tambien.
Isabel. No me acuerdo de él muy bien,
ya: Doña::- Doña María.
Leonor. Si será la tal muy bella?
Isabel. No dicen::-
Leonor. Señora rara:
yo de ser ella me holgara.
Isabel. Yo no quisiera ser ella.
Martin. Aquí están dos escuderos
para las dos.
Leonor. Isabel,
este mozazo es aquel
que te dixe.
Isabel. O caballeros!
Pedro. Alégrate.
Isabel. Me alborozo.
Pedro. Qué dixe, la traza es buena.
Isabel. Yo me alegro.
Pedro. Me da pena
de parecer tan buen mozo.
Podrás ser mia?
Isabel. Bien puedo.
Pedro. Lo dicho, mano y turron.
Isabel. Mas que lleva un mogicon,
hombron, sino se está quedo.
Pedro. Por el agua de la mar,
que tiene valor la hembra.
Isabel. El no sabe donde siembra.
Pedro. Al primer encuentro azar.
Isabel. De tan poco no te asombres.
Pedro. Parece que guapa eres?
Isabel. Ogaño son las mugeres
las que matan á los hombres.
Pedro. Voto á tus ojos serenos,
por no hablar un disparate,
que con mil hombres me mate,
si hay quien te tenga por ménos.
Ablándate, serafin.
Isabel. Aparte, y no me bazuque.
Pedro. Aquí en la esquina del Duque
hay turron: vamos, Martin.
Martin. Vamos y gasta, que luego
es-

estará como algodon.
Pedro. En la coz y mordiscon
parece rocin Gallego.
Martin. Tiene gran sal Andaluza.
Pedro. Sí, pero si chupa y pega,
en pegar será Gallega,
y en chupar será lechuza.
Vanse Pedro y Martin.
Leonor. Qué te parece el mozon?
Isabel. Mozon, y ya dicho está.
Leonor. Contigo se ablandará,
qual ser qual vés arriscon.
Isabel. Mucho, Leonor, te prometes,
y yo tu juicio condeno;
nunca esperes nada bueno
de estos mandrias matasietes.
Leonor. Tu serenidad envidio:
mandria dices, lo has errado,
ahí donde le vés ya ha estado
por dos veces en presidio.
Isabel. Eso bien se conocia,
que tiene cara el tal pieza
para qualquiera vileza,
de no excusar picardía.
Mas con tanto presumir
de atrevido y de valiente,
si una mosca le hace frente
no sabrá por donde huir.
Leonor. Todos temiéndole están,
y no quieren darle enfado.
Isabel. Será muy desvergonzado::-
Dime, no es aquel Don Juan?
Leonor. Sí, y mi ama la viudita.
Isabel. Qué relamido! ah tirano!
cómo viene mano á mano
con ella!
Leonor. Se despepita
por el Don Juan.
Isabel. No riñéron?
Leonor. Amor todo es novedades.
Isabel. Habrán hecho ya amistades.
Leonor. Parece que las hicieron.

ESCENA IV.

Doña Ana, Don Juan, Juana y dichos.

Ana. No os vais poniendo delante,
que ya he visto por las señas
que es aquella vuestra dama.
Juan. Pues Leonor viene con ella,
no hay duda que es Isabel;
fuera de que no tuviera
ninguna aquel talle y brio.
Ana. Disculpa tiene en quererla,
que es la moza muy talluda,
y parece tener fuerzas:
no es verdad, Don Juan?
Juan. La moza,
en otro trage, pudiera
hacer á qualquiera dama
pesadumbre y competencia.
Ana. Sobre que Don Juan no ha visto
otra ninguna tan bella!
Esa lavandera es
la incomparable belleza
por quien descortes se hace
la cortesanía mesma.
Juan. Tanto extremo!
Ana. Tanto extremo?
Ya no basta en nuestra era
ser un caballero ingrato,
que en queriendo una como esta,
si él no fuera desatento,
perdiera el ser linda ella.
Juan. Ved que ya es mucha esa vaya,
y que en siendo mucha pesa,
que yo no os pensé ofender.
Ana. Quisiera verla mas cerca:
dígala vuesa merced,
que está aquí una dama enferma,
que se la antoja beber
por la cantarilla nueva:
que no irá de mala gana.
Juan. Solo por serviros fuera.
Isabel. Ay Leonor!
Leonor. Qué?
Isabel. Tu señora
á Don Juan envia.
Leonor. Venga:
parece que te has turbado?
Juan. Aquella señora os ruega
la deis un poco de agua.
Isabel. De buena gana la diera
á ella el agua, y á vos
con el cántaro.

Juan.

Juan. No seas
necia. *A hurtadillas.*
Isabel. Llevádsela vos,
y de vuestra mano beba.
Juan. Mira que en público estamos,
y las mugeres discretas
cuidan de que no se hable.
Isabel. Iré, porque no se entienda
que es capaz de darme zelos.
Ana. Ya la venció á que viniera.
Juan. Ya, Isabel::-
Ana. Si fuisteis vos.
Isabel. Vuestra merced beba, y crea,
que quisiera que este barro
fuera cristal de Venecia;
pero séalo en tocando
esas manos y esas perlas.
Ana. Beberé porque he caido.
Isabel. Si el agua el susto sosiega,
beba, que todos caerémos,
sino en el daño, en la cuenta.
Ana. Ya he bebido.
Isabel. Y yo tambien.
Ana. Yo pesares! *ap.*
Isabel Yo sospechas! *ap.*
Ana. Caliente está.
Isabel. Vuestras manos
de nieve servir pudieran.
Ana. Haced que lleguen el coche.
Juan Ola, Hernando, el coche llega.
Ana. Con Dios os quedad, Don Juan.
Buena moza!

ESCENA V.

Don Juan, Isabel, Leonor.

Isabel. Buena sea
su vida. No la acompaña?
Mal galan; así se queda?
Juan. Véote encojar sin duda,
y quedo porque me creas
á darte satisfacciones.
Isabel. Estoy yo muy satisfecha,
y será gastar palabras
y tiempo, preciosa prenda,
que emplearse mejor puede.
Juan. Mira, Isabel, que esto es fuerza,
y que bien sabe Leonor,
dexo aparte mi firmeza,
que el Conde sirve á Doña Ana.
Isabel. Ya::- que si él no la sirviera,
tuviera con su Don Juan
el servidor que desea:
cantarillo, cantarillo,
vamos teniendo paciencia,
pues la fuente no se apura,
tomemos lo que nos dexan.
Juan. Oye, mis ojos, no así
maltrates á mi fineza.
Isabel. Mis ojos::- me los sacara.
Juan. O qué engañada te quejas!
basta ver como me quedo.
Isabel. Cántaro, callar es fuerza,
vais y venis á la fuente;
quien va y viene mucho á ella,
de qué se espanta, si el asa
ó la frente se le quiebra?
Sois barro: no hay que fiar;
mas quién, cántaro, os dixera,
que no os volviérades plata,
en tal boca, en tales perlas?
Otra vez tened el agua
ménos caliente, que es fuerza,
que se derrita la nieve
que toca, y que no os refresca.
Para sosegar caidas,
y quitar sustos á bellas,
sois, cantarillo del alma,
una inestimable prenda;
pero lo que es barro humilde,
al fin por barro se queda.
No volverás á la fuente,
de lo qual estoy muy cierta,
que no es bien que vos hagais
con los coches competencia.
Juan. Acabaste? Isabel, mira
que sin culpa me condenas.
Isabel. Yo con mi cántaro hablo:
si es mio de qué se queja?
Váyase vuestra merced,
mire que el coche se aleja;
vaya no le dé otro susto,
no caiga, y á beber vuelva,
que está el agua muy caliente;
vaya siguiendo su estrella,
no la cueste otro viage

el

el ver á quien no quisiera.
Juan. Iréme desesperado:
pues haces cosas como estas,
sabiendo que Leonor sabe,
que no es posible que quiera
eso de que tienes zelos. *Vase.*

ESCENA VI.

Leonor é Isabel.

Leonor. Necia estás: por qué le dexas
que se vaya con disgusto?
Isabel. Leonor, el alma me lleva,
que los zelos me han picado;
pero no seré tan necia
que quiera desigualdades,
aunque me abrase y me muera.
No es mi estado para triunfos;
y es tan noble mi soberbia,
que no emprenderá una cosa,
sino ha de salir con ella:
sufro pesares; no quiero
sufrir desayres ni afrentas.
No he de ver mas á Don Juan::-
Esto faltaba á mis penas!
Leonor. Buen lance hábemos echado:
tú desesperada quedas,
y mi ama va perdida.
Isabel. Tu ama saldrá de su pena.

ESCENA VII.

Pedro, Martin y dichas.

Martin. Cómo se pondrian ahora!
Ellas siguen hablando quedo.
Pedro. Como los Soldados juegan:
perdí turron y dinero;
mas no te dé, Martin, pena,
yo la haré á ella turron
no mas que con mi presencia,
que las que son mas ariscas
se hacen mas presto jalea.
Ví el juego, pensé ganar:
ya tú vistes las ofertas;
caí en la tentacion.
Martin. Cosas la Corte sustenta,
que no sé cómo es posible
juntar tantas diferencias
de personas y de oficios,
vendiendo cosas diversas;
bolos, bolillos, bizcochos,
turron, castañas, muñecas,
bocados de mermelada,
letuarios y conserva,
mil figurillas de azúcar,
flores, rosarios, rosetas,
rosquillas y mazapanes,
aguardiente y de canela,
calendarios, relaciones,
pronósticos, obras nuevas,
y á Don Alvaro de Luna
mantenedor de las fiestas:
mas quedo, que están aquí.
Pedro. Oigan: de qué es la tristeza?
no estaba alegre esta moza?
Qué pensativas están!
Martin. Pienso que andaba Don Juan
acechando una carroza.
Pedro. Quién te me enojó, Isabel?
que con lágrimas lo pene:
hágote voto solene,
que puedan doblar por él:
vuelve, Isabel, esos ojos,
que no soy yo por lo ménos,
quien á tus ojos serenos,
quitó luz, y puso enojos.
Quién tan bárbaro y cruel,
á tu hermosura atrevido,
causa de tu enojo ha sido?
quién te me enojó, Isabel?
No ês posible que tuviese
noticia de mi rigor,
sin que luego de temor
súbitamente muriese.
Quien te enojó vida tiene?
Que donde estoy vivo esté!
dime quien es, que yo haré
que con lágrimas lo pene.
Dime cómo y de qué suerte,
que le mate se te antoja,
porque en sacando la hoja
soy guadaña de la muerte.
Si el Cid á su lado viene,
gigote de hombres haré;
y de que lo cumpliré
hágote voto solene.

Por-

Porque en diciendo, Isabel,
que he de matalle, está muerto,
no hay que esperar, porque es cierto,
que pueden doblar por él.
Isabel. Ven, Leonor: vamos á casa.
Leonor. Triste vas.
Isabel. Perdida estoy.
Pedro. Así se va?
Isabel. Así me voy.
Pedro Pues cuénteme lo que pasa.
Isabel. No quiero.
Pedro. Tendréla.
Isabel. Tome. *Dale un bofeton.*
Pedro. Ay! *Martin.* Qué fué?
Pedro. Tamborilada.
Leonor. Dístele, Isabel?
Isabel. No es nada:
pregúntale si lo come.
Pedro. Por las aguas de la mar::-
mas deténgome, que huyó,
por mio el campo quedó,
y no me quiero enojar.
Martin. Vamos á buscar los amos.
Pedro. Esta yo la domaré.
Martin El principio ya se vé.
Pedro. Ya verémos. Vamos.
Martin. Vamos.

ACTO QUARTO.

Sala en casa de Doña Ana.

ESCENA PRIMERA.

Leonor é Isabel.

Leonor. Le has visto?
Isabel. Al amanecer.
Leonor. Alegre quisiera hallarte,
porque te alcanzara parte
de mi contento y placer.
Pues Martin se determina,
y hoy nos hemos de casar,
y tú, Isabel, me has de honrar,
porque has de ser la madrina.
Isabel. Estoy desacomodada
del Indiano, que sino
yo lo hiciera: aquí me dió
su casa una amiga honrada,
donde de prestado estoy.
Leonor. Mi señora te dará
vestidos: estate acá,
supuesto que ha de ser hoy.
Isabel. Tendré vergüenza de vella.
Leonor. Anda, que te quiere bien,
y sé que tiene tambien
gusto de que hables con ella.
Isabel. Me estaré, pues así pasa;
y escucha lo que pasó
en el rio. *Leonor.* No fuí yo:
que una muger que hoy se casa
ha de mostrar mas recato
del que solia tener.
Isabel. Es achaque, y voy por ver
aquel Caballero ingrato.
Fuimos Teresa, Juana y Catalina,
de sábado, Leonor, á Manzanares,
si bien yo melancólica y mohina
de darme este Don Juan tantos pesares:
de tu señora el mérito imagina,
y quando en su valor, Leonor, repares,
presumirás, pues no me vuelvo loca,
que soy muy necia, ó mi aficion es poca.
Tomé el xabon con tanto desvarío
para lavar de un bárbaro despojos,
que hasta los paños me llevaba el rio,
mayor con la creciente de mis ojos.
Cantaban otras con alegre brio,
y yo, Leonor, lloraba mis enojos,
lavando con el agua que lloraba,
lo que con mis suspiros enxugaba.
Baxaba el sol al agua trasparente,
y el claro rostro en púrpura bañado,
las nubes ilustraba del Oriente,
con su vario color tornasolado,
quando despierta ya de su accidente,
salió la luz del uno y otro lado,
la ropa ya lavada retorcimos,
y á entapizar los tendederos fuimos.
Quedando ya por los menudos ganchos,
las camisas y sábanas tendidas,
saliéron quatro mozas de sus ranchos,
en todas las riberas conocidas. (chos,
Luego de angostos pies, y de hombros an-
bigotes altos, perdonando vidas

quatro mozos; no hablé, que fuera mengua,
estando triste el alma hablar la lengua.
Tocó, Leonor, Juanilla el instrumento,
que con quadrada forma en poco pino
despide alegre quando humilde acento,
cubierto de templado pergamino;
á cuyo son, que perturbaba el viento,
cantaba con ingenio peregrino,
en seguidillas, con destreza extraña,
pensamientos q̃ envidia Italia á España.
Bayláron luego, hilando castañetas,
Lorenza y Justa, y un galan Barbero,
que mira á Ines haciendo mas corbetas,
que el Conde ayer en el caballo overo.
O zelos! todos sois lances y tretas,
pues porque ví baxar el Caballero,
que adora de tu alma la belleza,
no le quise alegrar con mi tristeza.
Entré en el bayle con un ayre y brio,
que admirándole mozas y mozuelos,
vitor dixeron, celebrando el mio:
y era que amor baylaba con los zelos,
quanto me aparté á un lado, mi desvío,
no temiendo el señor de mis desvelos,
se me llegó diciendo, Isabel mia;
confiésote, Leonor, que quedé fria.
Señor, respondo, tus iguales mira,
que yo una pobre soy trabajadora:
y diciendo y haciendo, envuelta en ira,
sigo la puente, y me arrepiento ahora.
Verdad es, que le siento que suspira,
y me ronda de noche hasta la aurora;
pero temo, si va á decir verdades,
lo que se sigue á zelos y amistades.

Leonor. Sáquete Dios de ese estado:
despues, pues no puedo ahora,
porque viene mi señora,
te diré lo que ha pasado,
por los zelos de los dos.

ESCENA II.

Doña Ana, Juana y los dichos.

Ana. Esta dices?
Juana. Esta es.
Isabel. Dadme, señora, los pies.
Ana. Isabel, guárdela Dios:
qué se ofrece por acá?
Isabel. Quiere hacerme su madrina
Leonor, que no me imagina
desacomodada ya.
Ana. No está ya con el Indiano?
Isabel. No señora.
Ana. Pues por qué?
Isabel. Cierto atrevimiento fué,
de hombre al fin, aunque fué en vano.
Ana. Cómo, cómo, por mi vida?
Isabel. Pudiera estar satisfecho
de mi honor y de mi pecho:
de mi honor, por bien nacida;
de mi pecho, porque habiendo
entrado por los balcones
una noche tres ladrones,
que ya le estaban pidiendo
las llaves, tomé su espada,
y aunque mas se defendiéron,
por la ventana se huyéron,
de mí á pura cuchillada.
Mas obligándole á amor,
lo que debiera á respeto,
me llamó esta noche á efeto
de no respetar mi honor.
Que le descalzase fué
la invencion; llego á su cama,
donde sentado me llama,
y humilde lo descalcé.
Queriendo echarme los brazos,
tan descortes procedió,
que á tirarle me obligó
donde le hiciera pedazos.
Mas de tales desatinos
sus zapatos me vengáron:
á sus voces despertáron
la mitad de los vecinos:
y aunque culpado en rigor,
poniéndose de por medio,
celebráron el remedio
para curar el amor.
Ana. Notable debes de ser:
yo quiero tenerte amor.
Juana. Es el servicio mejor,
y la mas limpia muger
de quantas andan aquí.
Dila que se quede en casa,
verás que no se propasa,
ni tienes zelos así;

porque si el otro la adora,
de que huye soy testigo.
Ana. Querrás quedarte conmigo
á servirme?
Isabel. Sí señora.
Ana. Qué sabes hacer?
Isabel. Lavar,
masar, cocer y traer
agua.
Ana No sabes coser?
Isabel. Coser tambien, y labrar.
Ana. Pues eso será mejor;
manto y tocas te daré.
Isabel. Señora, yo no sabré
servir de dueña de honor.
Este es un hábito ahora
de cierta desdicha mia,
que vos sabréis algun dia.
Juana Aquí está Don Juan, señora.
Hácela seña Doña Ana, y se van Leonor y Juana.

ESCENA III.

Don Juan, Doña Ana é Isabel.

Juan Siempre soy Embaxador.
El Conde pide licencia,
y no quiere que su ausencia
prorogue mas tu rigor;
que tratais tan mal su amor,
que ya toma por partido,
en la caza divertido,
solicitar á su daño
una manera de engaño,
que á los dos parezca olvido:
á él excusando el veros,
y á vos, señora, el cansaros;
pero no quiere engañaros,
ni olvidarse de quereros:
visitaros y ofenderos
es fuerza para serviros,
esto me manda deciros;
mirad si le dais licencia,
que le cuesta vuestra ausencia
quantos instantes suspiros::-
Ana. Vos venis en ocasion,
que os haga un grato servicio,
que servir puede de indicio
de quán noble es mi pasion:
mirad en qué obligacion
os póne el haber traido
á mi casa quien ha sido
la que tanto habeis amado,
que os quiero ver obligado,
pues no puedo agradecido.
Volved los ojos, vereis
á Isabel que viene aquí,
no para servirme á mí,
sino á que vos la mandeis:
no quiero yo que os canseis
en buscarla á fuente ó prado,
mirad si estais obligado;
y como he sabido hacer,
que vos me vengais á ver,
no como hasta aquí forzado.
Juan. De vuestra queja, os prometo
que es el Conde mi señor
la causa; cuyo valor
únicamente respeto:
porque quál hombre discreto
no conociera y amara
de vuestra belleza rara
la divina perfeccion,
y el discurso á la razon,
y á vos el alma negara?
Con esto la puse en quien
la misma desigualdad
disculpe la voluntad
para no quereros bien;
mas no me pidais que os den
gracias de haberla traido
mis ojos, que ántes ha sido
para no poderla ver;
pues testigo habeis de ser,
y yo ménos atrevido.

ESCENA IV.

Dichos y el Conde.

Conde. Tanto la licencia tarda,
que sin ella vengo á veros.
Ana. Conde mi señor, disculpa
de ausencia de tanto tiempo:
llega una silla, Isabel.
Juan. Aquí me estaban riñendo
tu ausencia.

Conde. Buena criada,
y nueva, que no me acuerdo
de haberla visto otra vez!
Ana. Buena cara, gentil cuerpo!
no es muy linda?
Conde. Sí por Dios.
Ana. De que os agrade me huelgo:
es amores de Don Juan.
Conde. Si es así el entendimiento,
disculpa tiene mi primo:
verla mas despacio quiero.
Pasad, señora, adelante:
de dónde sois?
Isabel. No sé cierto,
porque ha mucho que no soy.
Conde. Mérito en la moza veo,
que en otro trage pudiera,
con el donayre y aseo
dar, fuera de vuestros ojos,
á muchos envidia y zelos.
Mi primo es tan singular,
que por bizarría ha puesto
las bizarrías del gusto
en los humildes sugetos.
Ana. Cásase Martin ahora
con mi Leonor, y por esto
siento la comparacion,
que es de Don Juan en desprecio.
Juan. Dar en el pobre Don Juan.
Conde. Huélgome del casamiento:
si vos fuerais la madrina,
ser yo el padrino deseo.
Ana. No señor, es Isabel,
que pienso que ha mucho tiempo
que ella y Leonor son amigas.
Conde. Pues tócale de derecho
á Don Juan el padrinazgo.
Juan. Basta que estais de concierto
todos contra mí; pues vaya,
que ser el padrino acepto.
Conde. Cómo calla la madrina?
Isabel. Señor, corto entendimiento
presto se ataja; y mas donde
hay tantos y tan discretos.
Allá en mi lugar un dia
un muchacho en un jumento
llevaba una labradora,
y perdonad que iba en pelo:
hazte allá, que le maltratas,
iba la moza diciendo;
y tanto hácia atrás se hizo,
que dió el muchacho en el suelo.
Díxole, cómo caistes?
mas disculpóse diciendo:
madre, acabóseme el asno.
Así yo que hablando veo
á tan discretos señores,
hago atrás mi entendimiento,
hasta que he venido á dar
con el silencio en el suelo:
perdonad si aplico mal.
Es el Conde muy discreto,
y la señora Doña Ana
un Angel; pues yo qué puedo
decir que no sea ignorancia?
Ana. Ahora pues, señor, hablemos
de vuestro retiro, Conde:
ya me olvidais, ya me quejo
de vos al pasado amor.
Conde. Negocios son, os prometo,
que me tienen ocupado:
por un notable suceso
mató en Ronda cierta dama
Guzman y Portocarrero,
cuyo padre con el Duque
de Medina tiene duelo,
á un Caballero su amante.
Ana. Con qué ocasion? fuéron zelos?
Conde. Desagraviando á su padre
de un bofeton, porque el viejo
no estaba para las armas.
Ana. Gran valor!
Juan. Valiente esfuerzo:
diera por ver esa dama
toda quanta hacienda tengo.
Isabel. Turbada estoy.
Ana. Y por fin,
en que paró este suceso?
Conde. Ha perdonado la parte,
poniéndose de por medio,
entre deudos de unos y otros,
muchos grandes Caballeros.
Con esto me ha escrito el Duque
por el mismo parentesco,
que alcance el perdon del Rey,
como hoy, señora, lo he hecho:

man-

mándame tambien buscalla;
si entre tantos extrangeros
alguna nueva se hallase,
siendo esta Corte su centro,
mirad si estoy disculpado;
y porque me voy con esto,
vendré, señora, despues,
si me dais licencia, á veros.
Ana. Volved ántes de la noche.
Conde. Volver temprano prometo. *Vase.*
Ana. Entiendo que gusto doy,
pues con Isabel os dexo.

ESCENA V.

Don Juan é Isabel.

Juan. Alegre, Isabel, estás,
que ya el cántaro dexaste;
pues con la fe le mudaste,
y con el alma que es mas.
Que desde que te la dí
de cántaro la tenia,
pues pienso que se decia
este proverbio por mí.
Nunca quisiste trocar,
quando yo lo deseaba,
el hábito que te daba
al que ya quieres dexar.
Si quando yo te rogué,
hábito honrado tomaras,
la voluntad disculparas,
que baxa en tus prendas fué.
Si el venir aquí son zelos,
pensando que así me guardas,
son, Isabel, sombras pardas
en ofensa de tus cielos.
Qué guarda de mas valor
puede haber que tu hermosura?
ella sola te asegura
de los zelos con amor.
Vive Dios, que te he querido,
y te quiero y te querré
con tanta firmeza y fe,
que vive mi amor corrido
de no vencer tu rigor,
siendo tú tan desigual.
Isabel. Quien siente bien, no habla mal;
que para tener valor
con que poder igualaros,
aunque de vuestro apellido
Príncipes haya tenido
Italia y Francia tan raros,
me sobra á mí el ser muger.
Pero si de vuestro engaño
á los dos resulta daño,
desengaño habrá de ser.
No estoy contenta de estar
donde con hacer mudanza
del hábito, mi esperanza
aspire á mejor lugar.
Ni ménos estoy zelosa
ni os guardo, aunque os he querido,
que en este humilde vestido
hay una alma generosa,
tan soberbia y arrogante,
que el cántaro que dexé,
un cielo en mis hombros fué,
como el que cuentan de Atlante.
Yo os quiero bien, aunque soy
por naturaleza esquiva;
pero hay otro amor que priva,
por quien os dexo, y me voy.
No os dé pena, que os prometo
que no hay nieve tan helada;
pero he nacido obligada
á este amor y á este respeto.
No puedo hacer mas por vos,
que decir que os he querido;
en fe de lo qual os pido,
y del amor de los dos,
que una cosa hagais por mí.
Juan. Cómo ausentarse, mi bien?
despues de tanto desden,
esto merezco de ti?
Isabel. No excuso, aunque lo sintais,
este camino.
Juan Isabel,
qué dices?
Isabel. Que para él
esta joya me vendais.
Diamantes son, claro está,
que justa sospecha diera
si á vender diamantes fuera
muger que á la fuente va:
yo con lo que ella valiere
podré á mi casa llegar.

Juan.

Juan. Quando empezaba á esperar,
quiere amor que desespere.
Notable desdicha mia!
tristes nuevas! quién amó
con la fortuna que yo?
mas quién sino yo podria?
Tened la joya y la mano,
que ambas de diamantes son
si es la mina el corazon
tan firme como tirano;
que quando forzosa sea
vuestra partida, no soy
hombre tan vil::-

Isabel. Si no os doy
la joya, Don Juan, no crea,
vuestro pecho liberal,
que acepte vuestro dinero;
y pues de vos no le quiero,
conoced que me está mal.
O, qué habreis imaginado
de cosas despues que visteis
la joya! Aunque no tuvisteis
culpa de haberlas pensado,
pues yo os he dado ocasion.

Juan. Quando yo, Isabel, pensara
cosa tal, imaginara
prendas que mas altas son,
de las que teneis bastantes
que os abonan: quando fuera
hurto mayor le creyera,
si fueran almas diamantes,
algo sospecho encubierto,
mis ojos, y en duda igual,
que sois muger principal
tengo por mejor acierto:
que desde el punto que os ví
con el cántaro, Isabel,
echó amor suertes en él
para vos y para mí.
Vos salisteis diferente
de lo que aquí publicais,
y yo sin dicha, si os vais,
para qué fallezca ausente.
Quién sois, hermosa Isabel?
porque cántaro y diamantes
son dos cosas muy distantes,
que hay mucha baxeza en él,
y en vos mucho entendimiento,
mucha hermosura y valor,
mucho respeto al honor,
que es mas encarecimiento.
La verdad se encubre en vano,
que como el que ayer traia
guantes de ámbar, otro dia
le queda oliendo la mano.
Así, quien señora fué,
trae aquel olor consigo,
con que del ámbar que digo
reliquias muestra su fe.

Isabel. No os canseis en prevenciones,
que yo no os he de engañar.

ESCENA VI.

Leonor y los mismos.

Leonor. Quándo piensas acabar,
Isabel, tantas razones?
vente á vestir y vestirme,
que mi señora te llama.

Isabel Voy á ponerme de dama.

Juan. No he de verte?

Isabel. Al despedirme.

ESCENA VII.

Don Juan solo.

Juan. Qué confusion es esta que levanta
amor en mis sentidos nuevamente,
que á tantos pensamientos adelanta
mi dulce quanto bárbaro accidente?
Así el cautivo en la cadena canta,
así engañado se entretiene ausente
de vanas esperanzas, que algun dia
verá la patria en que vivir solia.
No con ménos temor, ó mas sosiego,
tímido ruiseñor su esposa llama,
á quien el plomo que dispara el fuego
quitó la cara vida en verde rama,
que mi confuso pensamiento ciego
en noche obscura los engaños ama,
esperando que llegue como el dia
la muerta luz de la esperanza mia.
Mas cómo puede haber tales engaños,
cómo pensar mi amor que la belleza
no puede haber nacido en viles paños,
si puede fealdad en la nobleza?

así

así para mayores desengaños
mostró por variedad naturaleza
de un espino la flor cándida hermosa,
y vestida de púrpura la rosa.
Presumir y entender que la hermosura
que ví llevar un cántaro á la fuente,
porque engastaba el barro en nieve pura
del cristal de una mano transparente,
no pudo proceder de cuna obscura,
y nacer entendida humildemente,
es vano error, que siempre amando veo
calificar baxezas el deseo.
Ah! quién será Isabel, locura mia,
con hermosura y prendas celestiales?
Quando resistir supo tal porfia
la baxeza de humildes naturales,
no ha de pasar sin que lo sepa el dia;
industrias hay, y si por dicha iguales
somos los dos; como mi amor desea,
tu cántaro, Isabel, mi dote sea.
No te pienses partir, si por ventura
no lo finges, mi bien, para matarme;
que ya no tiene estado mi locura
de que pueda perderte, y tú dexarme.
Ah! si nobleza tiene tu hermosura,
del cántaro por armas pienso honrarme,
que si del premio digno le retrata,
amor le volverá de barro en plata.
Pero sino la tiene?::- triste idea!
cruel honor! vana razon de estado!
Teme saber lo que saber desea
el corazon de dudas rodeado::-
manda la joya que feliz me crea,
y el cántaro me llama desdichado::-
sosegad de una vez, penas amantes!
ah pernicioso cántaro! ah diamantes!

ACTO QUINTO.

Sala en casa de Doña Ana.

ESCENA PRIMERA.

Pedro y Martin.

Pedro. Martin, en esta ocasion
me habeis desfavorecido:
quejoso estoy y ofendido.
Martin. No teneis, Pedro, razon,
que el Conde gusta que sea
padrino con Isabel
Don Juan.
Pedro. Qué ancho estará él,
quando á su lado se vea?
Yo sé que si me casara,
padrino os hiciera á vos.
Martin. Yo no puedo mas, por Dios.
Pedro. Pedro tambien no la honrara?
No tengo cueras y sayos,
capas, calzas, que por yerro
quedáron en su destierro
vinculadas en lacayos?
Pues por el agua de Dios,
aunque poca me ha cabido,
que yo soy tan bien nacido.
Martin. Solo deseo que vos
honreis un dia á Isabel.
Pedro. Hay hidalgo en Mondoñedo
que pueda como yo puedo
volver la silla al dosel?
Martin. Si tu humor toma mohina;
este dia he sospechado,
que es ménos por el ahijado,
Pedro, que por la madrina.
Pedro. No vistes lo que paso?
Tu discurso aquí se engaña,
que la Isabel es uraña,
y soy mas uraño yo.
Yo bien conozo su andar,
y que se muere por mí,
mas no ha de lograrlo así,
que sé hacerme de rogar.
Quándo la moza pensara,
que Pedro amor le dixera,
y que le ponga sufriera
los dedales en la cara!
Si quiere ha de pretender,
que á eso su error la condena;
sé yo hacerme de requena,
y me ha de satisfacer.
Martin. Dexad el enojo ya;
y pues que sois entendido,
decidme si acierto ha sido
casarme.
Pedro. Bien claro está,

que

que es muy honrada Leonor,
aunque pide mas caudal
la talega de la sal,
que anda el tiempo al rededor.
Mas queriendo el Conde bien
á Doña Ana, por Leonor
os hará siempre favor,
y ella ayudará tambien
de su parte á vuestra casa.

Martin. Con eso lo pasarémos.

Pedro. Quién quereis que convidemos?

Martin. No lo excusa quien se casa,
á Rodriguez lo primero,
á Galindo y á Butron,
á Lorenzo y á Ramon,
y á Pierres su compañero.

Pedro. Hazles llevar un menudo,
que no hay hueso que dexar.

Martin. Eso es darles de cenar.

Pedro. En esta ocasion no dudo
de que tendrán los señores
para sí gran colacion.

Martin. Por allá conservas son,
y confites de colores;
lobos de marca mayor
tendrémos en cantidad.

Pedro. Esa es una enfermedad
que no ha menester Doctor.

ESCENA II.

Don Juan, Doña Ana y dichos.

Juan. Una tema es la que os ciega.

Ana. Martin, que te esperan.

Martin. Ya
vamos.

Pedro. Verémos allá
si la madrina me ruega.

ESCENA III.

Doña Ana, Don Juan, y el Conde que se dexa ver sin salir.

Juan. Empeño es de condicion,
y no amor, vuestra porfía.

Ana Pues quién sino amor podria
sufrir tanta sinrazon?

Juan. No es sinrazon el motivo
que me fuerza á no pagar
deuda que debe quedar
reservada en otro archivo;
pues del Conde debeis ser.

Ana. Por vos al Conde he sufrido
su amor, ó cierto ó fingido,
Don Juan.

Conde. Ingrata muger!

Juan. Quando él no os quisiera bien,
ó tan mi amigo no fuera,
entónces pensar pudiera
en vuestro amor ó desden.

Ana. Con oro, en mármol escrita,
tiene el amor una ley,
y como absoluto rey,
no hay traicion que no permita.
El que á otro amor corresponde
no baldona su opinion;
ni aquí puede haber traicion,
puesto que no quise al Conde.

Juan. Nada disculpa el delito
del amigo, que el valor
es resistir al amor.
Solamente solicito
que apagueis tan justa llama;
pues si en el amor hay ley,
es ley digna de tal rey
corresponder á quien ama.
Que no me ameis ruego á Dios,
y á vos lo ruego tambien:
no puedo quereros bien,
porque el Conde os quiere á vos.

Ana. Ay Don Juan! Si sois cruel,
no es de la amistad la culpa;
vuestro primo es la disculpa,
mas la causa es Isabel.

Juan. La quiero bien, es verdad;
mas amar á esa muger
no me puede detener
con tanta desigualdad.
Y yo con vos me casara,
señora, si ser pudiera.

Ana. Y si el Conde lo quisiera,
y aun él mismo lo mandara?

Juan. En tal caso::- qué sé yo?::-
que fuera mucho apretar,
que me mandara casar
otro con dama que amó;

pe-

pero estar podeis segura,
que no mandará tal cosa;
os quiere bien, sois hermosa,
y aprecia vuestra hermosura:
con él os debeis casar;
y así me voy, que no quiero
dar á tan gran Caballero
ni sospecha ni pesar.

Quiere irse, y sale el Conde y le detiene.

ESCENA IV.

Los dichos y el Conde.

Conde. Detente.

Juan. Si habeis oido,
como lo sospecho, aquí,
pienso que estaréis de mí
seguro y agradecido.

Conde. Todo lo tengo entendido;
y si por quereros bien
trató mi amor con desden
Doña Ana, no ha sido culpa,
porque sois vos la disculpa,
y mi desdicha tambien.
Dice que sabe de mí,
que os mandaré que os caseis;
dice bien, y vos lo haréis,
porque yo os lo mándo así:
Que á saber quando la ví
que os tenia tanto amor,
no la amara, y en rigor,
debiera mi pensamiento
creer que su entendimiento
escogiese lo mejor.

Juan. Aunque á Alexandro imiteis
en darme lo que estimais,
ni como á Apeles me hallais,
ni enamorado me veis.
Ni vos mandarme podeis,
que sea lo que no fuí,
pues quando pudiera aquí,
ser lo que no puede ser,
no quisiera yo querer,
á quien os dexa por mí.

Ana. Quedo, quedo, que no soy
tan del Conde que me dé,
ni tan de Don Juan que esté
ménos contenta que hoy:
Libre á mí propia me doy
y daré luego, si quiero,
á un honrado Caballero,
muger y cien mil ducados,
sin suegros y sin cuñados,
que es otro tanto dinero.

Cantan dentro, y salen todos los de la boda bien vestidos, segun su estado: Isabel de Dama.

ESCENA V.

Dichos, Isabel, Leonor, Juana, Martin, Pedro, Criados y Criadas.

Música. En la Villa de Madrid,
Leonor y Martin se casan,
corren toros, juegan cañas
con el regocijo grande
de boda tan celebrada.
Corren toros, juegan cañas.

Martin. Mala letra para novios.

Pedro. Mala? pues mia es la letra,
que en tan plausible ocasion
la amistad me hizo poeta.

Martin. Correr toros al casarme,
me parece á los que llevan
pronósticos para el año
dos meses ántes que venga.

Conde. Gallarda viene la novia;
pero quien no conociera
á Isabel, imaginara,
viéndola grave y compuesta,
que era muger principal.

Ana. Juzgarse puede por ella
quánto las galas importan,
quánto adorna la riqueza.

Conde. Qué perdido está Don Juan!

Ana. Qué admirado la contempla!

Conde. Por Dios, que tiene disculpa
de estimarla y de quererla,
que la gravedad fingida,
parece tan verdadera,
que á no conocerla yo,
y saber sus pobres prendas,
hiciera un alto concepto
de su gallarda presencia.

Juan. Amor, si en esta muger

no está oculta la nobleza,
la calidad y la sangre,
que por lo exterior se muestra,
qué es lo que quiso sin causa
hacer la naturaleza?
Pues pudiendo en un cristal,
guarnecido de oro y piedras,
puso en un vaso de barro
alma tan ilustre y bella.

Conde. Dexad, Don Juan, pensamientos
que os suspenden y os alteran;
y el nacer Isabel linda,
desgracia vuestra no sea.

Juan. Perdido estoy y confuso,
Doña Ana zelosa de ella,
suspenso el Conde::- Qué es esto?
Cielos, qué muger es esta?
Qué diamantes! qué viages!
qué hermosura! qué baxeza!

Ana. Yo misma, Don Juan, disculpo
esa pasion que os molesta:
ni extraño que os haya puesto
fuera de vos con sus prendas.
Mas hablad claro: qué enigmas?
qué confusiones son estas?
qué viages nos refieres?
ó con qué diamantes sueñas?

Juan. Quereis que esté cuerdo, quando
quedo sin alma y sin ella?
Partirse, y yo con tal duda?
No suele en dudosas pruebas,
por las inciertas señales
hallarse verdades ciertas?
Ahora bien: no has de partirte,
Isabel, sin que se entienda,
si con exterior tan noble
tienes interior nobleza.

Conde. Qué ocultas dudas excitas,
Don Juan? Qué partida es esa?

Juan. Conde, el mas noble poder
que reconoce la tierra,
el cetro, la Monarquía,
la corona, la grandeza,
el mayor Rey de los hombres;
todos los exemplos muestran
que es el amor::-

Conde. Ten, Don Juan,
y un delirio no profieras,
que estoy viendo que tus voces
á perderte te enderezan.

Juan. Unos tras otros me arrastran,
todos donde no quisieran,
y estoy tal, que toma amor
vigor con la resistencia.
Tanto resistió Isabel,
que me forzó á que la quiera.
Vos resistis y Doña Ana;
ya se acabó la paciencia.
No soy de mármol, si bien
no soy yo quien me gobierna;
que á la hermosura obedecen
mis sentidos y potencias.
Quando esto en público digo,
nadie presumo que pueda
contradecirme: soy libre,
quiero casarme con ella;
sed testigos, que la doy
la mano.

Conde. Qué furia es esta! *Deteniéndole.*

Isabel. Tened, Don Juan adorado,
que aun no es tiempo de esta prueba.

Juan. No es tiempo?

Ana. Estais, Don Juan, loco?

Conde. Vive Dios, que si es de veras,
ántes os quite la vida,
que permita una baxeza.
Ola, Criados, echad
esa muger hechicera
por un corredor; matadla.

Juan. Al infame que se atreva
le daré mil estocadas.

Conde. Un hombre de vuestras prendas
ha de infamar mi linage?

Juan. Infamar! Ah! su baxeza
es cierta, pues ahora calla:
ya no es posible que pueda
ser mas de lo que parece.

Isabel. De modo, que si yo fuera
digna de vos, esperara
el consuelo de ser vuestra,
sin que estorbasen amores
de quien para suyo os ruega?

Juan. Puedes dudarlo, bien mio!
Si digna de mi amor fueras
no miraria á ninguna,
aunque un cetro, una diadema

me

me ofreciese.
Isabel. Y si la dicha
fué sin culpa mia adversa,
que al fin nadie elige cuna,
sabiendo que os amo tierna,
aunque de vos no sea digna
mi cuna, lograr pudiera
vuestro amor?
Juan. Hasta la muerte
adorara tu belleza.
Isabel. Pero seriais mi esposo?
Juan. Qué sé yo lo que me hiciera::-
Si fueras de baxa cuna,
quizá::- Mas aunque lo seas;
echado está el pecho al agua;
la virtud y la belleza
es la nobleza mas digna:
todos vén bien si eres bella,
y yo tu virtud conozco.
Conde. Con cien mil ducados dexas,
hombre loco, una muger,
que me casara con ella
si amor me hubiera tenido?
Ana. Ya en mí aquella pasion cesa,
que me cegó por un hombre
de condicion desatenta,
que mostrándole yo amor,
puso el suyo en baxa esfera,
en tal muger, que la hice
mi criada porque ascienda:
si pensais como decis,
mi mano::-
Conde. La mia es esta,
que es justicia que así lleve
castigo quien no la aprecia.
Ved lo que perdeis, Don Juan:
casaos enhorabuena
con muger de vos indigna.
Isabel. Quedo, Conde, que me pesa
de que me forceis á hablar
sin tiempo.
Juan. Ay Dios! Si ya llega *ap.*
algun grato desengaño!
Isabel. No está la boda tan hecha
como os parece, señor,
porque aun falta que yo quiera.
Para igualar á Don Juan,
bastará ser deuda vuestra
y del Duque de Medina?
Conde. Sobraba, si verdad fuera.
Isabel. Quién fué la dama de Ronda,
que mató por la defensa
de su padre á un caballero,
cuyo perdon se concierta
por vos, y que vos buscais?
Conde. Doña María, á quien deban
respeto quantas historias
hechos de mugeres cuentan.
Isabel. Doña María Guzman
Portocarrero?
Conde. La mesma.
Isabel. Pues esa misma soy yo,
que por andar encubierta::-
Juan. Ay mi bien!::-
Conde. Tened, Don Juan.
Qué partida era la vuestra?
Cómo en casa del Indiano?
Isabel. En aquella tarde negra,
que afrentáron á mi padre,
vengarle tomé por deuda.
Para todo apercibida,
y á escapar luego resuelta,
llegué á la prision, entré,
díle la muerte violenta,
y disfrazada al instante
tomé de Madrid la vuelta;
en una posada hallé
de ese Indiano la miseria,
pedíle poco salario,
y se agradó de la oferta;
amóme Don Juan, y améle;
él sabe de qué manera:
hoy que tuve del perdon
por vos la noticia cierta,
vender le mandé una joya,
porque su importe pudiera
hasta Ronda costearme,
adonde á mi padre vuelva;
y así::-
Juan No sigais, señora.
Mi dicha::-
Isabel. Mi mano es esta.
Conde. Sea, prima, por mil años.
Ana Mil veces enhorabuena:
con muger tan singular
no cabia competencia.

Leonor.

Leonor. Señora:-

Isabel. Dame los brazos;
apriétame bien, no temas;
que si Isabel fué tu amiga,
Doña María es mas tierna.

Martin. Leonor, á obscuras quedamos
sin padrinos. *Juan*. Nó lo temas,
que los mismos lo serémos.

Pedro. Y yò quando eso no fuera,
á honor de las bofetadas,
que tan bien despolvorea,
gritad, muchachos, que viva
por muchos años la bella
Moza de Cántaro.

Todos. Viva
con felicidad eterna.

FIN.

CON LICENCIA: EN VALENCIA: en la Imprenta de Joseph de Orga, donde se hallará, y en Madrid en la Librería de Quiroga, calle de las Carretas.
Año 1803.